

LIBROS

“TERTULIA CANARIA”

DE

JUAN SOSA SUÁREZ

De crónica puntual de la calle y el corazón se puede calificar esta primera entrega en volumen de esa labor constante y siempre atenta que es “Tertulia Canaria” (1), sección periodística de “El Eco de Canarias” a cargo del poeta y prosista canario Juan Sosa Suárez que, bajo el pseudónimo de *Belarmino*, apostilla, comenta, narra o critica —a veces con cierta mordacidad e ironía, a veces con resabios potémicos— la actualidad local tanto en lo cultural como en lo personal.

“Tertulia Canaria” recoge en su espacio breve, casi diario, el pulso de las gentes y los días de Las Palmas, de una ciudad que pretende día a día superarse y marchar al ritmo que le marca esta agitada época que nos ha tocado vivir. Pero, viéndolas ahora en conjunto, las “Tertulias” de Juan Sosa se nos antojan no sólo la visión puntual, rigurosamente periodística que ya hemos consignado, sino que en ellas existe algo más: un cierto resabio de vida latente, de dar constancia de un hecho, pero dejándolo a su vez vivo, lleno de todas las fuerzas que concurrieron en el momento de producirse. Se podría afirmar que su actualidad es duradera. Desde el punto de vista estilístico, aparte la pulcritud de su prosa, nos parece que es este su valor más destacable y positivo.

Otra razón de ser de los merecimientos de este libro es su no oportunismo. Es evidente que existen múltiples noticias, hechos, situaciones de indudable actualidad, pero que debido a su rapidez en ser recogidas, en su oportunismo, podrían proporcionar al escritor una rápida aunque fugaz popularidad.

Juan Sosa no se abandona a esta fácil solución. Su intención es dar la medida justa de un acontecimiento y entonces se presta a un proceso de maduración, de serenidad reflexiva que luego se traducirá en la nota cálida, humana, a veces lírica, que produce en él cualquiera de estos acontecimientos. Por eso digo al comienzo que la crónica es de la calle y del corazón. Juan Sosa o Belarmino. Belarmino o Juan Sosa, que tanto monta, se asoma a la vida y a la observa detenidamente, la ausculta y luego nos va dejando de aquella los retazos más significativos, los que producen una más honda huella en él. Y entonces no nos puede importar que algunas de estas “tertulias” estén dedicadas a reflejarnos sus propias y personales emociones ante un paisaje, una tarde, o un personajillo desconocido, pero ya nuestro a partir de entonces, como en el caso de “Maico”, el niño americano vecino del escritor.

Encontrar una paternidad a estas “tertulias” es siempre arriesgado porque si en algo son plenamente firmes es en la personalidad y en la peculiaridad. Sin embargo, no podemos dejar de recordar, en ciertos momentos, a Juan Ramón Jiménez cuando en ese libro importantísimo y nunca bien comprendido que es “Platero y yo” dejaba también constancia de la vida y los aconteceres de Moguer, de sus gentes y de él mismo frente a ellos o con ellos.

Desde el comentario de una nueva publicación a la evocación de una figura de las letras o el arte de nuestra ciudad; desde la elegía sentida al compañero muerto o la justa alabanza por una labor en pro de la cultura, todo pasa por estas páginas de “Tertulia Canaria”, que ya nos anuncia la próxima aparición del segundo volumen y que mantiene el cálido y entrañable valor de lo familiar y amigo.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Juan Sosa Suárez. “Tertulia Canaria.” Comunicación Literaria de autores. Bilbao, 1970.

“CANCIONERO DE SAGRES”

DE
ANTONIO PEREIRA

Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923), es un poeta leonés de larga singlatura cuya obra no conocíamos sino a retazos, distribuida en revistas. Ahora recibimos su “Cancionero de Sagres” (1), que hace el núm. 7 de la colección “Arbolé”, de sencilla pero cuidada presentación. Antonio Pereira, que también es narrador nos transmite en este libro una muestra de poesía tradicional, enroncada en las fuentes clásicas, pero a la vez de poderoso acento personal. Una poesía en donde se combinan notablemente la preocupación por el “oficio” y la honda y decidida incursión en el mundo y los hombres de su contorno. Naturaleza y hombre, pues, a la manera machadiana, usando de un lenguaje coloquial pero acertadamente distribuido en el verso, que en ningún momento es prosaico.

A Antonio Pereira le viene su firme estructura poemática —esto es bien claro— de nuestra más sincera poesía tradicional: el romancero. El mismo, en algunos poemas, usa de este elemento con soltura envidiable y con el rigor y la espontaneidad de nuestros mejores romances. A través de ellos la visión de la realidad está captada con singular acierto y se acomete una labor quizá olvidada: la preocupación por los demás, por la realidad más inmediata latente en toda la historia de nuestro romancero y que Pereira sabe revivir con acierto. La síntesis expresiva, la adjetivación apretada, los sobreentendidos, etc., están recogidos en estos octosílabos de Antonio Pereira con un oficio poético y con una perfección en la escritura admirables. Junto a ello la cuidada expresión poética, la firmeza del ritmo y el estudio de ese vocabulario cotidiano, pero lleno de sugestivas resonancias, hacen de este “Cancionero de Sagres” un libro notable, entre tanta y tanta experiencia huera. Es, ante todo, y esto ya es más que suficiente, un libro correcto, bien escrito, con el que se puede es-

tar o no de acuerdo, pero en el que se trasluce la realidad de un verdadero poeta que conoce su trabajo y tiene unas ideas muy claras de lo que debe ser la poesía.

Hay poemas más logrados y otros menos. Si se nos pide que destaquemos algunos, citaríamos como conjunto la primera parte, “Paisaje con hombres”; y, en particular un contenido, denso e intenso poema de la última parte, “Noche de Marzo en Sagres”, en el que se mezclan admirablemente la perfección poética de Pereira y la evocación entre mágica y metafísica de la historia y los hombres. Transcribo algunos versos:

“Sólo un postigo y me encontré en la noche.
No recuerdo la fecha del edicto,
pero me sé llamado de muy lejos
a estos idus turbadores de soledad,
arruinada capilla donde poso cansado el
[corazón
y me desarmo caballero”

J. R. P.

(1)—Antonio Pereira. “Cancionero de Sagres”. Col. Arbolé. Madrid, 1969.



“D. JUAN Y EL DONJUANISMO”

DE
MERCEDES SÁENZ-ALONSO

Mercedes Sáenz-Alonso es una inquieta escritora y una activa promotora de empresas literarias en su San Sebastián natal. No hace aún dos años organizaba, con la colaboración del Ateneo Guipuzcoano, el primer Congreso Nacional de Escritores, cuya segunda edición todavía esperamos muchos de los que, como yo, tuvimos la mala suerte de no poder asistir a aquella pri-

mera reunión, a pesar de haber prometido nuestra colaboración y presencia.

Ahora, Mercedes Sáenz-Alonso publica un amplio y bien preparado ensayo (1) sobre la personalidad humana y la figura literaria de D. Juan, el personaje que Tirso elevara a la categoría de "arquetipo", emparejándolo a esas otras dos cumbres de nuestra humanidad literaria: don Quijote y la Celestina. Este trabajo le valió el pasado año el Premio Guipúzcoa de Ensayo.

Nos ha interesado vivamente este libro, porque no se limita a analizar, una vez más, la personalidad del personaje, o sus influencias en tal o cual obra; o, como han hecho muchos, sus raíces más o menos históricas. Mercedes Sáenz-Alonso viaja dilatada y hondamente por la múltiple geografía de Don Juan y nos va mostrando la multiplicidad de este personaje, según el escritor y la época en que haya sido concebido. Se aparta del mito para ir a la verdadera razón de ser de un simpático hecho literario; para alcanzar a ese don Juan múltiple, a ese don Juan permanente, como ella misma nos asegura en los capítulos iniciales: "...estimo tan amplio al personaje que me rebelo ante la idea de encerrarle en las opresivas paredes de limitados conceptos".

El libro se divide en dos partes bien diferenciadas: una primera donde se pone de manifiesto la amplia visión que la autora posee del personaje, y donde se abordan los aspectos esenciales que pueden contribuir a trazar la esencial razón de ser de D. Juan. En la segunda, se analizan las ramificaciones literarias de don Juan en la literatura de Europa desde su creador Tirso de Molina hasta las valoraciones actuales del personaje en la sociedad de nuestros años setenta.

Nos han llamado vivamente la atención los capítulos dedicados a bosquejar la trayectoria psicológica de don Juan y, sobre todo, el que aborda el tema de su españolismo, en donde Mercedes Sáenz-Alonso traza un cuadro muy claro y tajante del ambien-

te social español que ha impuesto unas relaciones amorosas y sociales muy "sui generis", tanto en lo que atañe a la mera relación hombre-mujer, como en lo que respecta a la formación social y religiosa del individuo hispánico. Me permito transcribir algunos párrafos del capítulo titulado "Psicología española de D. Juan" donde se recogen estas ideas con singular acierto y directa expresión: "Solamente don Juan y don Quijote siguen siendo esencialmente españoles. En esta tierra nuestra, tierra de contrastes, es donde nacen, crecen y no mueren personajes tan antagónicos. La carne y el espíritu rondando el tema del eterno amor. El Quijote idealizando a una moza de mesón la Dulcinea de sus sueños. Don Juan, viendo, sintiendo a la mujer-hembra que ha despertado su instinto". Y más adelante; hablando de las relaciones entre la mujer y el donjuán (como tipo) dice: "Creo —y me afirmo en ello— que no es ausencia de temperamento, sino temperamento controlado, ligado a un tutor desde antes de la pubertad, incrustado en un molde de convivencias y perjuicios de una sociedad que entendió como máximo pecado el de la carne". Y concluye: "El español es un obseso de mujeres. Posiblemente por razón de su contención, jugando la mala pasada a un temperamento ardiente. Posiblemente por recibir un parabien de las gentes si se muestra "tan hombre" cuando aún es un muchacho, y esto le sirve de acicate, que no pierde con la edad, y se convierte en hábito".

Junto a éstos, son importantes los apartados que dedica al don Juan de Max Frisch y al donjuán-Bradomín de nuestro simpático Valle-Inclán. Sin olvidar, los últimos capítulos donde nos plantea la problemática del don Juan de nuestra época, con los que se cierra este ensayo digno de consideración y de lectura.

J. R. P.

(1).—Mercedes Sáenz-Alonso. "D. Juan y el donjuanismo". Ed. Guadarrama. Col. "Punto Omega". Madrid, 1969.

“EL MOVIMIENTO SIMBOLISTA”
DE
ANNA BALAKIAN

“Este libro (1) pretende ser un juicio crítico del movimiento simbolista desde sus orígenes en la literatura francesa hasta las convenciones literarias que creó en la literatura europea de finales del siglo XIX y principios del XX”. Estas son las palabras iniciales del prólogo a este libro que recoge uno de los temas más importantes de la poesía y de la literatura europea contemporánea. Libro que acomete una tarea ardua y fundamental: analizar un movimiento literario que dio curso al nuevo rumbo de las letras, y fundamentalmente de la poesía, en los albores de nuestra centuria.

Anna Balakian, su autora, parte de la condición histórica que produjo la conmoción romántica y la aparición de nuevas necesidades expresivas que, aun enraizadas en aquel movimiento, tienen vigor y personalidad propias y, de hecho, serán las que centren cualquier preocupación literaria de entonces en adelante. Baudelaire y Verlaine, Rimbaud y Mallarmé nombres señeros de la poesía contemporánea desfilan por las páginas del libro de Anna Balakian y son analizados con referencia a la filosofía de Swedenborg que, incrustado en el romanticismo, influyó decisivamente en la concepción filosófica de la expresión difundida entre los poetas simbolistas, aunque, como apunta nuestra autora, “es el santo patrono de demasiadas ideologías, filosofías y tendencias literarias como para considerarlo propiedad exclusiva del simbolismo”.

Anna Balakian dedica la última parte de su libro a señalar las influencias y derivaciones del simbolismo en las letras y a dejar bien clara su participación en movimientos de tanta raigambre ya —en muchos sentidos clásicos— como puedan ser el surrealismo y el dadaísmo, y apunta, con agudeza notable, sus relaciones con la vanguardia cinematográfica y teatral, para terminar con estas palabras: “Si la contemplación del

“yo” no da ninguna satisfacción porque ya no estamos seguros siquiera de lo que es el “yo” o de dónde está, el culto del lenguaje, que era una bendición tan grande para los simbolistas, ya no ofrece ningún consuelo, ni tiene ninguna fuerza para mitigar la desolación del espíritu humano. En el teatro se mantiene el diálogo inconsecuente y el escenario vacío... En el cine, las imágenes desconexas producidas por un Bergman o un Fellini suelen ser indicios de vidas sin propósito definido y de acciones no llevadas a término... En las más recientes manifestaciones del espíritu “decadente” es difícil determinar si lo que estamos viendo es un pozo sin fondo o el reflejo del azogue de un espejo que crea una vana ilusión. La eterna espera de Estragón en “Esperando a Godot”, de Beckett, se asemeja exteriormente a la postura del héroe simbolista sumido en las angustias de su delicada relación con el universo. Pero la comparación termina aquí.

Así como no es seguro que puedan observarse los rasgos del simbolista “decadente” en esos prototipos, la fuerza que tiene el arte cinematográfico para crear imágenes ambiguas es tan extensa, que fácilmente podría perpetuarse la técnica simbolista en toda la gloria pictórica de su teoría de las correspondencias, de la sinestesia y dar nuevas y grandes dimensiones a ese estilo determinado”.

Nos interesa poderosamente este libro porque encierra, además de aquel juicio crítico que ya nos anuncia la autora en el prefacio, una visión inmediata y cercana de la presencia del simbolismo entre nosotros y porque viene a demostrar lo ambiguo y heterogéneo de las épocas de eclosión y cambio, reflejo fiel de la inseguridad del hombre que las vive.

J R P.

(1).—Anna Balakian. “El movimiento simbolista”. Ed. Guadarama. Col. Punto Omega. Madrid, 1969.